

Mucho más que puntos suspensivos

La 'Breve historia del marcapáginas' otorga un papel protagonista al testigo de nuestras lecturas y «recordatorio de lo que fuimos»

TERESA ABAJO



BILBAO. Los libros que hemos leído nos dejan poso –algunos más que otros– pero ellos también se quedan con algo nuestro. Una foto, una postal, un billete de tren, un calendario o quizá un marcapáginas que nos regalaron. Estos abnegados compañeros de viaje pueden ser objetos artísticos, dignos de la curiosidad del estudioso y el afán del coleccionista. El erudito napolitano Massimo Gatta, bibliotecario en la Universidad de Molise, ha seguido su rastro desde el ejemplar más antiguo que se conserva, de cuero y adornado con pergamino, que es del siglo VI. Apareció entre las ruinas del monasterio egipcio de Apa Jeremias, cerca de Saqqara, pegado a la cubierta de un códice copto.

'Breve historia del marcapáginas', editado por Fórcola, es un manual que hace honor al talante de su protagonista: manejable, útil y con detalles de buen gusto. Incluye una galería de retratos de Giorgione, Bronzino y otros artistas con escenas de lectura donde nunca falta una cinta de seda o de papel, aunque fue Giuseppe Arcimboldo quien más exaltó su «presencia iconográfica» en 'El bibliotecario' (1566).

Massimo Gatta, autor prolífico y estudioso del libro, «un objeto que alcanzó la perfección absoluta hace ya muchos siglos», recuerda que la costumbre de señalar una página «y fijar una cita para nuestro próximo encuentro» va unida desde siempre al hábito de la lectura. Su repaso abarca hasta los 'bookmarks' digitales, por los que muestra escaso aprecio. Sostiene que «la red nunca podrá fabricar un marcapáginas hermoso», aunque lo que más le fascina de ellos no es su aspecto. Los considera «un elemento filosófico antes que material».

El filólogo y periodista cultural David Felipe Arranz abunda en esta idea, que tiene que ver con la memoria y el paso del tiempo. «El

«Muchos insertan más en los libros que lo que obtienen de ellos», decía Dickens sobre la moda en la Inglaterra victoriana



Distintos modelos de artesanía y recuerdos de viajes. B. C.

'El bibliotecario' de Arcimboldo, con marcapáginas en cabeza y manos. F. E.

Se fabrican en todo tipo de materiales y abundan los chapados en metal. B. C.

Diseño de Federico Seneca para la marca Perugina. F. E.

marcapáginas es un recordatorio de lo que fuimos, un objeto sentimental que va a contracorriente en esta sociedad deliberadamente acelerada», defiende. «Las nuevas tecnologías van a traer el borrado y el olvido de las cosas, no todo se puede llevar a la nube».

Para escribir el prólogo de este libro consultó en la Biblioteca Nacional y en las páginas web de varias universidades y encontró «usos lectores muy curiosos», en su origen asociados a los monjes, «que eran los custodios de nuestros textos». Empezaron dibujando manos diminutas en los márgenes de los manuscritos, y en los monasterios medievales dejaban tiras de tela o de pergamino como señal.

Del marfil al salami

Jan van Eyck fue según Massimo Gatta el primero que mostró este detalle en un cuadro, 'La Virgen con el canciller Rolin' (1435). De las cintas cosidas al lomo de los libros se pasó a una técnica que no ha dejado de evolucionar. La reina Isabel I de Inglaterra usaba uno de lana y rematado en flecos. En la época victoriana se pusieron tan de moda –las damas competían en la habilidad de los bordados– que Dickens se lamentaba de que «muchas personas insertan más en los libros de lo que obtienen de ellos».

Con la producción en cadena empezaron a usarse como soporte publicitario, a veces refrendado por firmas ilustres. El diseñador Federico Seneca creó elegantes modelos para la marca de bombones Perugina en los años 30. En Francia les dieron el toque art déco al realizarlos chapados en metal o en plata y en Alemania conservan grandes colecciones. Piezas exquisitas como el marcapáginas de marfil del siglo XVI que se exhibe en el Museo de Brunei.

Tanta delicadeza no debe confundirnos. Su vocación es la de «objeto sufriente» que a menudo cae en el olvido tras cumplir su función. Una forma de materializar los puntos suspensivos sin incurrir en la «salvajada» de doblar una página. A David Felipe Arranz, que lleva un par de libretas para tomar notas de sus lecturas, le sorprende la negligencia del bibliotecario Antonio Magliabechi, figura central en la vida literaria de Florencia en el siglo XVII. Un sabio que usaba lo que tenía a mano, incluso rodajas de salami, para citarse con la próxima lectura.

En esta breve historia el marcapáginas «recupera la dignidad perdida» y nos invita a hacer memoria, con abundantes notas y bibliografía que dan pistas para sumar nuevos capítulos. «El buen libro es el que te lleva a otros», concluye Arranz. «Como una cesta de cerezas donde la que te comes lleva enredadas cuatro o cinco más».